

Argentina: Lectoras del siglo XIX

LUZ AINAÍ MORALES

En *Lectoras del siglo XIX: Imaginarios y prácticas en la Argentina*, Graciela Batticuore hace una revisión exhaustiva del inquietante tópico de la mujer lectora en la caldeada argentina decimonónica. Escrito en un lenguaje ameno que combina la rigurosidad académica con la prosa fluida, el texto traza los imaginarios de la mujer lectora y sus implicaciones ideológicas a partir de un intensivo trabajo de archivo que recorre y reúne un corpus heterogéneo de textos y discursos asociados con distintos espacios de circulación y convenciones escriturarias, tales como la prensa, las cartas y las novelas. Además, estas representaciones de prácticas, imaginarios y escenas de lectura son puestas en diálogo con narrativas visuales coetáneas y posteriores que van más allá de la cultura letrada. En ese sentido, la articulación de una red compleja y densa de representaciones escrito-(audio)visuales desde la ciudad letrada hasta el cine y la cultura de masas permite ponderar hasta qué punto el motivo de la mujer lectora sería también un “campo minado” sobre el cual se debatían problemáticas políticas, ideológicas y culturales claves para esa nación en busca de ordenamiento y consolidación (p. 72).

La propuesta de Batticuore surge en las intersecciones entre letra e imagen y, en ese sentido, no solo tensiona los intentos de homogeneización y simplificación de los imaginarios, las escenas y las prácticas de lectura femenina en el siglo XIX, sino que también permite la visibilización de espacios otros y opacos, de sentido que, tal como lo señala Francine Masieilo en *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, & Literary Culture in Modern Argentina* (1992), desestabilizan la coherencia semántica del universo simbólico normativo. El abordaje de la mujer lectora, sus representaciones, contestaciones y contenciones, tanto en la prensa como en documentos epistolares y novelísticos y visuales, revela hasta qué punto el ejercicio de lectura femenina mantuvo un talante político no necesariamente complaciente con las dicotomías y las máximas imperantes en el cuerpo social. La lectura como praxis política tiene que ver con la toma de posesión y de posición respecto a unos saberes que van más allá de la polarización unitario-federal imperante y más allá de los roles y espacios asociados con el sujeto femenino. En ese sentido, la lectura, tan temida como celebrada “—siempre y cuando sea “bien dirigida”—, constituye para la mujer la posibilidad de imaginar y desear otras formas de significación y sociabilidad.

En un texto que recorre en clave de densidad y heterogeneidad los imaginarios de la



Lectoras del siglo XIX: Imaginarios y prácticas en la Argentina

Graciela Batticuore
Ampersand
Buenos Aires, 2017
174 pp.

mujer lectora, deviene angular la imagen del “prisma” con que comienza este paseo por el archivo laberíntico decimonónico. El “Prólogo Prismático” anuncia la multiplicidad, la complejidad y la riqueza de imaginarios y universos simbólicos que la autora analizará y visibilizará mediante —en apariencia singular y monolítico— el motivo de “la mujer lectora”. Así, el texto se divide en tres bloques: la lectora de prensa, la lectora de cartas y la lectora de la novela. La selección de estos formatos discursivos como puntos de partida para ahondar en los imaginarios y las prácticas de lectura femenina es clave en tanto cada uno de estos “géneros”, con sus particulares convenciones de escritura, circulación y recepción, se asocian con la diversidad e inestabilidad ideológica. En ese sentido, no se trata de tipificar a un tipo de lectora, sino más bien de ahondar en los imaginarios de lectura que (se) representarán en estos distintos cuerpos discursivos. Mediante la figura de la “lectora de prensa”, Batticuore ahonda en la diversidad de funciones ideológicas de este tipo de escritura que circulará tanto en las élites de la ciudad letrada como en otras esferas más populares y con fines didácticos, tal como sucedería con las gacetas, tan populares entre las

gauchas. Asimismo, la lectura de prensa y la corresponsalia visibiliza los debates y las ansiedades de un campo letrado en constante negociación de sus límites y flexibilizaciones (p. 35).

Mediante la “lectora de cartas”, el texto se enfoca en el espacio de lectoescritura asociado con la intimidad y lo femenino, pero que detenta también sus propias reglas y convenciones hábilmente adoptadas y adaptadas por las mujeres. Los imaginarios de las cartas de amor se recorren como universos ambiguos que, si bien reiteran la vinculación femenina con la intimidad y los sentimientos, también permiten cierto agenciamiento derivado de la manera en que satisfacen, demandan (o no), los imperativos de reciprocidad asociados con este tipo de escritura (p. 72). La intimidad de las cartas es también arma de empoderamiento y espacio propicio para una auto-construcción artística. Del mismo modo, la carta deviene en fetiche, un dispositivo de colección y hasta de instrucción que es celosamente atesorado por las “normativas” madres de familia, so pretexto de la educación de los hijos (p. 110).

El apartado destinado a la “lectora de novelas” pone en circulación un conjunto de imaginarios más inquietantes, pues el ámbito de la ficción vehiculiza escenas tal vez impensables, pero solo posibles a través de la representación de la lectura femenina. En esta línea, Batticuore ahonda en los placeres prohibidos que van alejando a la lectora de la esfera más política y “actual”, para abrirle paso a la imaginación y al deseo, tan disonantes respecto a lo dictaminado desde la prensa y la ficción doméstica nacional. Si bien la autora no enfatiza demasiado en la temática de la escritura femenina, sí se detiene en la función moralizante de cierta corriente estético-ideológica del entre siglos enmarcada en una línea regeneracionista, tal como es el caso de *Stella* (Emma de la Barra, 1905).

El diálogo con referentes visuales coetáneos posteriores permite la valoración de las dinámicas de reiteración, modificación, disciplinamiento o contención de los imaginarios de la mujer lectora que se van articulando y contestando desde distintos ámbitos de la ciudad letrada. Se trata de una mirada prismática que se pasea por los archivos de lo íntimo, la red pública y la esfera artística para visibilizar precisamente la complejidad y continuidad de unos imaginarios que, tal como el prisma, dejan de mostrarse planos, bidimensionales o transparentes una vez que son analizados en toda su complejidad semántica y relacional.